

La estúpida tragedia yugoslava

MANUEL LEGUINECHE

El odio fortalece y la rabia provoca el movimiento. Ésta era la conclusión del premio Nobel de Literatura y ex cónsul de Yugoslavia en Madrid, Ivo Andric, al referirse al tópico del «polvorín de los Balcanes». «Ocurre de vez en cuando en las sociedades — añadía el autor de *Un puente sobre el Drina*— que el odio y la rabia queman las orillas, lo destruyen todo, desbordan la razón y silencian los instintos humanos». El odio y la rabia son una razón en sí mismas. No destruyen la vida, la transforman. Son el motor de esta historia. ¿Se puede hablar de una predestinación genética a la violencia en los Balcanes? Andric, de cuyo nacimiento se celebra cien años, escribía sobre «las vidas de nuestros pueblos»: «Son vidas amargas y vacías, entre maliciosos pensamientos de venganza y revueltas periódicas. Son insensibles a otra cosa que no sea eso. Uno llega a preguntarse algunas veces si el espíritu de la mayoría de los pueblos de los Balcanes no estará envenenado para siempre, y puede que no sean ya capaces de

otra cosa que de sufrir de la violencia y causarla».

En la guerra de los Balcanes de 1912, un corresponsal llamado León Trotski advertía en sus crónicas: «Se respira el odio mutuo, esta gente se odia a muerte». El odio fortalece y la rabia provoca el movimiento. Un movimiento de millones de refugiados, a dos horas de Maastricht. Los Balcanes como reserva del fanatismo europeo.

Esta región ha sido, y es, una máquina de producir historia con media docena de guerras en un siglo. Es su imagen de marca: produce más historia de la que es capaz de consumir. Sarajevo, la ciudad mártir de 1992, da el pistoletazo de salida a la Primera Guerra Mundial. Voces ancestrales profetizando guerras. El bosnio Ivo Andric perteneció al mismo movimiento que Gavrilo Princip, el joven que asesinó en Sarajevo al progresista archiduque Francisco Fernando. Andric enemigo del Imperio austrohúngaro, creyó siem-

«En la guerra de los Balcanes de 1912, un corresponsal llamado León Trotski advertía: “Se respira el odio mutuo”. El odio fortalece y la rabia provoca el movimiento. Un movimiento de millones de refugiados, a dos horas de Maastricht.»



pre en Yugoslavia, la constelación de pueblos, los eslavos del sur (que eso significa Yugoslavia) unidos después de la Primera Guerra Mundial.

En esta zona del mundo el odio y la rabia tienen mucho que ver con el concepto de nacionalidad. La dinastía de los

Karage-orge y el comunismo «sui generis» de Tito, ofuscan como pueden el problema central, la cuestión nacional. Ni el lema de los monárquicos «el pueblo trinominal» (serbios, croatas y eslovenos) ni la consigna de Tito «hermandad y unidad», sirven para apuntalar una nación en la que cada tribu tira hacia su monte. El mariscal Tito logra evitar la guerra civil, contiene esas tendencias centrífugas por medio del carisma de la épica partisana contra los alemanes, el culto a la personalidad, el fantasma de una invasión soviética, la supremacía del partido único, la Liga de los comunistas. Tito es de origen croata. Nació en una aldea próxima a Zagreb. Los turistas no llegan ya a su casa natal en la que ondea la bandera croata.

Tito creyó que lo dejaba todo atado, instituciones sólidas, presidencia rotatoria de las seis repúblicas, ejército imbatible. El ejército de las gestas contra los nazis como unidad de destino. El destino manifiesto de los militares yugoslavos les llevó a la guerra de Eslovenia, a la de Croacia y más tarde a la de Bosnia-Herzegovina. Yugoslavia se mantuvo unida durante doce años tras la muerte de Tito. Demasiado tiempo para las previsiones. Cuando el poder absoluto deja de controlar algo, pierde el control de todo. ¿Qué podía hacer Belgrado si Eslovenia y Croacia, desde el área de influencia austrohúngara alzaban la bandera de la independencia? Andrei Amalrik escribe en 1969 un libro semiprofético «¿Sobrevivirá la Unión So-

viética hasta 1984?». Se equivocó en unos pocos años. Gorbachov llega con la «peres-troika» en 1985. Amalrik escribe dieciséis años antes: «Así como la adopción del cristianismo aplaza la caída del Imperio Romano, pero no puede evitar su inevitable final, del mismo modo la doctrina marxista aplaza la disolución del Imperio Ruso (la tercera Roma) pero no puede evitar su desintegración». Todos los mitos se han caído en Yugoslavia, la autogestión como modelo económico, el no alineamiento, el marxismo «made in Belgrado» y las repúblicas se detestan, aunque todos sean eslavos y hablen el mismo idioma. ¿Qué queda como argamasa de pueblos dispares con cuentas por ajustar, con agravios comparativos, la hegemonía serbia sobre el débil unitarismo y la ardentía de los separatistas? Yugoslavia es una ficción creada por el presidente norteamericano Wilson y por el nacional comunismo de Tito. Es más un estado de ánimo (disperso) que un Estado. El tren cambia de locomotora al llegar a cada frontera y el

«Ni el lema de los monárquicos “el pueblo trinominal” (serbios, croatas y eslovenos) ni la consigna de Tito “hermandad y unidad”, sirven para apuntalar una nación en la que cada tribu tira hacia su monte.»

correo debe

llegar a Belgrado para su distribución aunque las repúblicas sean vecinas y distantes de la capital federal.

Tito es croata pero se niega a admitir la idea de la hegemonía serbia. Por eso le odian hoy en Belgrado, y el fascista Se-selj pide que se lleven los restos a su Croacia natal. Tampoco en Zagreb le quieren, porque según me contaron en Kumrovec «no hizo nada por su patria chica». A los hegemónistas serbios sangran por dos heridas: una batalla de 1389 (derrota frente a los turcos en el «campo de los mirlos» de Kosovo) y la presunta hostilidad de Tito a la idea de la Gran Serbia. Tito era autoritario pero descentralizador.

El presidente Milosevic quiere restañar esas dos heridas por medio del odio, la rabia y los paramilitares: defender a Serbia allí donde haya serbios. Reunirá nada menos que a un millón de personas para atizar los sentimientos nacionalistas en la conmemoración de la batalla perdida contra los otomanos. Es un nuevo Mussolini, el hombre del aparatchilli, frío y ambicioso que sustituye el comunismo en cuyo seno ha nacido y prosperado por una suerte de populismo nacionalista. Les toca a las masas serbias la música que éstas quieren oír: Voy a protegeros, Serbia será por fin una nación grande. Sus legiones y las milicias del ángel ex-terminador se ponen en marcha. Hace veinte años el primer disidente, Milovan Djilas, lugarteniente de Tito, caído en desgracia tras la publicación de «La nueva clase», me decía en su casa de la calle Palmoticheva de Belgrado: «En los Balcanes todo se reduce a la conquista del poder y el territorio».

Los serbios no se resignan al final del falso imperio. Cuando Eslovenia y Croacia

van al hecho consumado y declaran de forma unilateral la independencia, a los últimos comunistas de Europa el cuerpo les pide un escarmiento.

Aquella fugaz «guerrita» de Eslovenia fue una humillación para el orgulloso ejército de Tito: lo corrieron en una semana. En Croacia con fuerte minoría serbia no ocurría lo mismo. Había «vendettas», duelos de sangre, pleitos familiares que resolver por la fuerza. En Eslovenia murieron un centenar de personas, en Croacia, diez mil. El corrimiento de la crueldad y la violencia hacia Bosnia, el empleo de la «limpieza étnica», bautizada así por el «Washington Post» en recuerdo del período nazi, alcanzó las cumbres del «Apocalypse now».

Lo que pudimos ver a comienzos de la guerra en Eslovenia fue un esquema que se repetiría más tarde: se provocan incidentes étnicos, la mayoría serbia en aldeas croatas mata, quema, tortura. Con la disculpa de que debe poner orden, interviene el ejército federal yugoslavo y se queda con la aldea. Es el mismo proceso que seguirá en la campaña de agresión sobre los musulmanes bosnios. Ésta no era ya en sus primeros compases una guerra limpia, de buenos y malos. Los buenos de hoy serán los malos de mañana. Aunque en un campeonato de responsabilidades los serbios y Mi-loaevic, los que apuntan y disparan sobre Sarajevo, los destructores de Dubrov-nik o Vukovar, van a pasar —en primer lugar— a la historia universal de la infamia. Hay agresores y agredidos, víctimas y verdugos. Thomas Hobbes hablaba en el «Leviatán» de «ésos que sienten placer el contemplar su propio poder en actos de conquista».

«Milovan Djilas, lugarteniente de Tito, caído en desgracia tras la publicación de “La nueva clase” me decía en su casa de la calle Palmoticheva de Belgrado: “En los Balcanes todo se reduce a la conquista del poder y el territorio” .»

Y de barbarie, con Europa de vacaciones en agosto de 1992. El verano del odio y la rabia. El deseo de los militaristas serbios de dominar el imperio entró en conflicto con el irreconciliable propósito de croatas y eslovenos, más avanzados, de «civilizar» a los serbios. Unos y otros caen sobre la invertebrada Bosnia con la rudeza de las fuerzas bárbaras sobre las fronteras del Imperio Romano. Dicen que Europa ha muerto en Sarajevo. Los gritos del silencio. Es la «estúpida tragedia yugoslava» de que nos habla Claudio Magris, el autor de *El Danubio*. El peso abrumador de la historia, el poder terrible y mortal de las fronteras seculares que dividen por el odio. El miedo es el sentido dominante en las guerras tribales. El odio y la rabia.